

creto en que se reconocia la existencia del Ser Supremo. No solo habia leído el *Vieux Cordelier*, sino que aun habia corregido las pruebas del numero de este periódico en que se le pedia en los términos mas patéticos que adoptara sentimientos humanos; de aquí provino que su popularidad comenzase á ir en decadencia. Acusábasele de inclinarse al moderantismo y empezóse á reprobár sus actos en los corrillos que los jacobinos formaron. [1]

Robespierre, no obstante todo su fanatismo en favor de la democracia, conocia, tambien como el que mas en Francia, la necesidad que habia de crear algunas impresiones religiosas, que sirviesen de freno á las pasiones del pueblo, y de establecer un gobierno central vigoroso que reprimiese sus excesos. En breve horrorizósele las pérfidas atrocidades del cabildo, y vió que semejantes principios, si en ellos se persistia, desorganizarian completamente á la sociedad por toda la estension de la Francia. Dominado por el espíritu sanguinario que en aquella época reinaba, propúsose llevar á cabo sus designios destruyendo á sus opositores. La primera indicacion de este propósito, lízola en un discurso que pronunció en el club de los jacobinos á fines de Noviembre. “Es ese bien que  
Noviembre 21. los hombres” dijo, “animados por un fervor sincero, abandonen sobre las aras de su patria, los inútiles y pomposos monumentos

(1) *Mig.* II, 305, 307. *Lac. Pr. Hist.* II, 136, 138. *Vieux Cordelier*, 73.

de la supersticion; ¿pero con que derecho se nos viene aquí la hipocresia á mezclar su influencia con la del patriotismo? ¿Que derecho tienen algunos hombres que han sido desconocidos hasta hoy en la carrera de la revolucion, á introducirse en vuestro seno á fin de hacerse por medio de los acontecimientos del dia de una popularidad mentida con el objeto de inducir á los patriotas á tomar medidas funestas y sembrar entre ellos los gérmenes de la confusion y de la discordia? ¿Que derecho tienen á interrumpir el culto existente en el nombre de la libertad, y á destruir el fanatismo por medio de fanáticos de otra especie? Hay hombres que aun á mas se atreven, y son los que so pretesto de hacer desaparecer la supersticion intentan entronizar al ateismo. Cada filósofo, cada individuo, es dueño de adoptar la opinion que mas apetezca, y cualquiera que por esto le acriminare, será un imbécil; pero será mil veces mas digna de censura la legislatura que por tal sistema se rija. El ateismo es una creencia de aristócratas. La idea de un Ser Supremo que vigila sobre la inocencia oprimida y que castiga al victorioso crimen, es, y siempre será, digna del pueblo. Los infortunados y el pueblo la acogerán eternamente con aplauso, y no encontrará detractores sino entre los ricos y los malvados:

Necesario seria,  
Si no existiese Dios, que se inventase.” (1 2)

[1] *Th.* VI, 15, 17.

[2] “Si Dieu si existait pas il faudreit l’inventer.”  
—*Thiers*, VI, 17.

Pero al paso que de este modo preparaba Robespierre los medios para destruir á los anarquistas, veía que era necesario hacer un sacrificio al partido revolucionario para libertarse de la fea imputacion de moderantismo que se le dirigia y conservar la reputacion que habia adquirido de tener una resolucion incontrastable y una integridad incorruptible; y para conseguir este su objeto, decidió que á la vez de esterminar á Hebert, Chaumette y demas anarquistas, se enzañaria, con igual rigor contra Danton, Camilo Desmoulins y demas órganos del partido moderado. Obrando de este modo se manifestaria imparcial, daria á la Junta de Seguridad pública la supremacia sobre todas las demas facciones del estado, y se desharia de los únicos rivales que le impedian dominar solo. [1]

Danton, aunque ignoraba que la omnipotente junta de seguridad pública preparaba su ruina, habia echado de ver, sin embargo, que desde algunos meses hacia, iba su popularidad en decadencia, y pidió á voz en cuello en el club de los jacobinos que se manifestasen los motivos de queja que de él hubiese. Robespierre subió inmediatamente á la tribuna. "Danton, dijo, pide que se nombre una comision que examine su conducta; yo consiento en ello si juzga él que pueda servirle de alguna utilidad tal paso. Pide que se le manifiesten cuáles son los motivos de queja que hay contra él; accedo á ello. Danton, se te

[1] Th. VI, 186, 187.

acusa de que eres emigrado; de haberte retirado á Suiza poniendo tu quebranto de salud por pretexto de tu fuga; de que aspiras á ser regente del reinado de Luis XII; de haber hecho ciertos arreglos para proclamar a ese resto de los Capetos en un tiempo determinado; de ser el caudillo de una conspiracion contrarevolucionaria; de ser peor enemigo para la Francia que Pitt, Coburgo, la Inglaterra, el Austria ó la Prusia, y de haber llenado á la Montaña de hombres de tu hechura. Se dice que poco recelo deben inspirarnos los agentes subalternos de las potencias extranjeras, y que sus conspiraciones solo merecen el desprecio; pero que á tí, á tí sí se te debe arrojar al cadalso." Siguiéronse estrepitosos aplausos á esta manifestacion atrevida; pero cuando hubieron cesado, continuó Robespierre volviéndose hácia su atónito rival. "¿No sabes, Danton, dijo, que mientras mas energía y espíritu público tiene un hombre, mas conspiran contra él los enemigos de la patria con el intento de acarrear su ruina? ¿Y no sabes tú, y no saben tambien cuantos me escuchan, que esas persecuciones son las mejores pruebas que pueden darse de que existen verdaderas virtudes en el que las sufre? Si no se calumiasse á un defensor de la libertad, podria creerse que ya no habia generales, frailes ni nobles á quienes temer." Entonces dijo: que si habia alguno que tuviese de que acusar á Danton, que hablase; pero despues de la manifestacion que acababa de oirse, no hubo quien se aventurase á proferir una palabra. En vista

de esto, recibió Danton el abrazo fraternal del presidente. Por medio de esta conducta hipócrita cerciorábase Robespierre del sentido en que estaba el pueblo para con su temible rival, y le inspiraba plena confianza con sus manifestaciones de aprecio [1].

Poco tiempo despues promulgóse un decreto en el cual se ampliaban las despóticas facultades de la junta de Seguridad Pública. "La anarquía, decia Billaud Varennes, es el preámbulo del dictámen en que se apoyaba el decreto, es el mal que amenaza á todas las repúblicas desde su infancia hasta su edad decrepita. A nosotros toca hacer esfuerzos para destruirla." De acuerdo con este principio decíase en el decreto que se estableceria un boletin que contendria las leyes; que se nombraria á cuatro individuos que tendrian el derecho esclusivo de formar el dicho boletin; que se imprimiria en papel y con tipos particulares, y que se les circularia á las provincias por medio de correos. Al mismo tiempo declaróse á la Convencion por "Centro de impulso del gobierno," intentándose ocultar bajo esta ambigua frase el despótico poder que las juntas ejercian. Anulóse la autoridad de las asambleas departamentales, no quedándoles otra que la relativa á asuntos de administracion local; se las prohibió además, conminándose con pena de muerte á sus miembros ponerse de acuerdo entre sí sobre materia alguna de política, levantar fuerzas ni im-

[1] Th. VI, 21, 22.

poner contribuciones por autoridad propia, y llevar relaciones con otros cuerpos que no fuesen las juntas de Paris, que era de las que debian recibir intrucciones. De suerte, que las libertades de las provincias iban llegando á la nulidad aceleradamente á impulsos del despótico influjo de las juntas de seguridad pública, y la Francia comenzaba ya á penetrar por la sangrienta senda que de la anarquía democrática conduce á un gobierno arreglado [1].

Entre tanto, la lucha entre Dantonistas y anarquistas se dejaba mas y mas percibir cada dia. Uno de éstos últimos, llamado Rousin, habia fijado en todas las paredes de Paris un pasquin en que decia que de las ciento cuarenta mil almas que habia en Leon, solo mil quinientas eran las que no habian tomado parte en la sedición de aquella ciudad, y que antes de Febrero perecerian todos los culpables y sus cadáveres serian conducidos á Tolon por las corrientes del Ródano. Camilo Desmoulins atacó vigorosamente á este feroz bando, y de una manera especial al infame Hebert, á quien acusó de ser "un intrigante miserable, abastecedor de víctimas para la guillotina, traidor cohechado por Pitt, malvado que habia recibido doscientos mil francos en diversas partidas de casi todas las facciones de la República con el espreso fin de calumniar á sus contrarios, ratero y ladron á quien habian lanzado del teatro, donde habia servido en calidad de criado, por robo, y que á la sazón queria

[1] Th. VI, 30, 31.

inundar de sangre á la Francia por medio de su prostituido periódico.”

Tal era el hombre despreciable segun dicho de los mismos revolucionarios, cuya simple declaracion bastó al tribunal revolucionario para condenar á muerte á María Antonieta. “En vano” proseguia diciendo Desmoulin, “se intenta sofocar mi voz con amenazas de encarcelamiento; todos sabemos que los anarquistas preparan otra nueva sedicion semejante á la del 31 de Mayo; pero diremos con Bruto y Ciceron: “demasiado tememos el destierro, la pobreza y la muerte.” ¡Que, cuando nuestros soldados arrostran diariamente la muerte al frente de las baterias del enemigo en defensa de la libertad, habremos nosotros, sus indignos caudillos, de temer las amenazas del Padre Duchesne, y será él quien nos impida obtener una victoria mayor aun sobre los ultra-revolucionarios que destruirian á la revolucion marcando cada uno de sus pasos con lagunas de sangre?”

Convenio secreto celebrado entre Robespierre y el cabildo.

En tanto que se hallaban en tal estado de animadversion, uno para con el otro, los dos partidos, la junta de seguridad pública concibió el audaz designio de interponerse entre ellos y servirse de la disension en que se hallaban para destruirlos. Robespierre y los miembros del cabildo, aprovechandose con destreza política de esta singular situacion en que se hallaban los partidos, celebraron alianza bajo la condicion de que el uno y los otros se desprende-

rian de todos sus amigos personales. Robespierre abandonó á Danton, á Camilo Desmoulin y sus adictos á la venganza del cabildo, y este entregó á Hebert, Chaumette, Rousin, Clootz y secuaces de estos á los decenviros. Por medio de este pacto alcanzábanse dos fines importantes; destruíase una faccion temible y hacia desaparecer el dictador á un rival que le hacia sombra. [1]

Robespierre fué el primero que anunciase en la asamblea este proyecto de doble <sup>Insinuacion que se hace en la Convencion acerca del</sup> venganza. “Por de fuera,” dijo, “están conspirando contra voproyecto.

tros todos los tiranos de la tierra; por dentro, todos sus adictos están apoyando sus esfuerzos; y tal estado de cosas subsistirá hasta que se quite la esperanza de triunfar al crimen. Debemos acabar con los enemigos exteriores é interiores de la República ó perecer bajo sus ruinas. En tales circunstancias, los únicos principios de política que debe adoptar el gobierno son los de conducir al pueblo por la fuerza de la razon, y sobreponerse á sus enemigos por medio de la fuerza del Terror. El origen de todo gobierno popular, en tiempo de paz, es la virtud, en tiempo de revolucion, la virtud y el terror. El terror sin la virtud es fatal; la virtud sin el terror es impotente. Un gobierno revolucionario emplea el despotismo de la libertad contra la tirania. Las facciones en pugna, contra las

[1] Mig. II, 306. Th. VI, 186, 187. Lac. II, 139.

cuales tenemos que luchar, marchan bajo distintos estandartes y por sendas diversas, pero tienden á un mismo fin, el de operar la desorganizacion del gobierno del pueblo y hacer que la tirania triunfe; el uno se encamina á este objeto inclinándose á la debilidad, el otro cometiendo excesos." "La una de estas facciones," dijo Saint Just, "trasformaria á la libertad en bacanal, y el otro en prostituta." Este discurso fué mandado inmediatamente á la prensa, y se circuló por toda la Francia. [1]

La junta de seguridad pública ocultaba incessantemente, por medio de sus órganos, Robespierre y Saint Just, los progresos que hacia en la senda del despotismo bajo el velo de un asiduo empeño en acelerar la marcha revolucionaria, y hacia entender que los dos contrapuestos bandos obraban bajo la direccion y en beneficio de los ejércitos extranjeros. "Las potencias extranjeras, decia la junta, han suscitado contra nosotros á ciertos astutos bellacos á quienes conservan á sueldo. Estos deliberan en nuestras administraciones, se introducen con maña en nuestras secciones y clubs y emplean eternamente unos propios medios para operar la contra revolucion. Agítanse en derredor nuestro, sorprenden nuestros secretos, lisongean nuestras pasiones y procuran empeñosamente atraernos á sus opiniones. Tan pronto nos impelen á un rigorismo extremo como nos hacen

[1] Mig. II, 307. Th. VI, 155, 156.

caer en una debilidad suma, tan pronto escitan en el pueblo de Paris el fanatismo en favor del nuevo culto, como suscitan la guerra en la Vendea en defensa del antiguo; sugieren los asesinatos de Marat y Lepelletier y se mezclan á los grupos que celebran la apoteosis de sus restos; alternativamente esparcen la abundancia entre el pueblo y le reducen á todos los horrores del hambre; circulan ó estancan el numerario y de este modo originan los cambios que se notan en el valor de la moneda; se aprovechan, en fin, de cuantos accidentes ocurren para volverlos contra la Francia y la Revolucion." Hé aquí la táctica invariable de las facciones revolucionarias; es la de imputar al extranjero sucesos que no son sino el afecto natural de sus pasiones y de sus vicios. Siguióse al discurso de que dejamos hecha mencion un decreto en el cual se mandaba que compareciesen Biron, hijo de Custine, Dietrich, corregidor de Estrasburgo, todos los amigos de Dumouriez, y en fin, Custine y Houchard, ante el tribunal revolucionario, de donde poco despues fueron conducidos al cadalso [1].

"Ciudadanos, dijo Saint Just pocos dias despues, quereis república, pero si al mismo tiempo no quereis todo aquello que la constituye, sereis sepultados bajo sus ruinas. Ahora, sabed que lo que constituye á una república es la destruccion de todo aquello que la es contrario. Sereis culpables para con la república si teneis compasion á los presos, sereis culpables si no

[1] Mig. II, 307. Th. VI, 155, 156.

prestais apoyo á la virtud, sereis culpables si no sosteneis al terror. ¿Qué intento es el que os proponéis vosotros que no queréis inspirar terror á los perversos? ¿Qué intento os proponéis vosotros que queréis separar á la felicidad de la virtud? Pereceréis vosotros los que solo haceis el papel de patriotas hasta el instante en que os cohecha el extranjero ú os dá el gobierno algun empleo; vosotros, los de esa faccion indulgente que queria salvar al malvado; vosotros, los secuaces del extranjero que no desplegais rigorismo sino contra los amigos de la independencia. Las medidas estan ya tomadas; estais cercados.

Gracias al genio de la Francia, la libertad ha salido triunfante de uno de los mas graves riesgos que jamas corriera, y el terror que á sus enemigos inspire libertará por siempre de conspiradores á la tierra." La Convencion, dominada por los tiranos, confirió á las juntas, plenas facultades para sofocar las conspiraciones que se tramasen, y decretó que el Terror y la Virtud serian la orden del dia [1].

Los anarquistas fueron los primeros que resintiesen la vehemencia de sus primitivos consocios. En vano procuraron mover á los antiguos partidarios suyos que tenian en el cabildo para que defendiesen su causa; el terror habia helado todos los corazones. Los caudillos del bando en cuestion hicieron los mayores esfuerzos para

(1) Mig. II, 309. Lac. II, 145.

que el pueblo se insurreccionase, y vieronse en los mercados y los puntos mas concurridos de Paris, innumerables pasquines en que se atribuian á la Convencion todas las calamidades públicas, y en particular el hambre que reinaba. Llegaron hasta á proponer que se disolviese á la Convencion completamente, se formase otra, se eligiese un dictador, y se organizase un ejecutivo. Pero todos los esfuerzos que hicieron Hebert con su infame periódico, Momoro con las resoluciones que dictara de acuerdo con la seccion Marat, y Vincent con sus frenéticos secuaces, no pudieron llegar á producir el movimiento popular á que tendian. La municipalidad se retrajo, y en cuanto á los jacobinos hallabanse dominados por la Junta de Seguridad pública y Robespierre. Arrojados los anarquistas del club de los jacobinos donde predominaban los decenviros, buscaron amparo en el de los Franciscanos, pero en vano. Fueron prendidos por Henriot, su antiguo agente, quien apareció para reducirlos á prision, al frente de aquella misma fuerza armada de la cual tantas veces se sirvieron para amedrentar al gobierno, y se les condujo ante el tribunal revolucionario para que contestaran al cargo que se les hacia de que tramaban para poner un dictador á la cabeza de los negocios públicos.

Hebert, Gobet, Ronsin, Chaumette, Clootz, Momoro y Vincent, que eran los acusados, fueron sentenciados á muerte, y demostraron la natural baja de su carácter en la cobardia con

que murieron. El apostata obispo Gobet estaba casi ecsánime de terror, y el infame Hebert tuvo la debilidad de llorar. Los numerosos presos de que estaban llenas las cárceles de París, apenas podían dar crédito á sus ojos, al ver caminar al cadalso á los tiranos que habian inmolado á tantas víctimas, y que no satisfechos con esto, estaban preparando aun otras nuevas matanzas de reclusos. El populacho, con su veleidad ordinaria, manifestábase gozoso del castigo que se les aplicaba y llenaba en particular de maldiciones al mismo Hebert, cuya prision, que la Convencion le impusiera, habia puesto en movimiento á Paris poco antes. [1]

Era tal la ansiedad que tenia el público por ver la egecucion de estos caudillos que habian gozado de popularidad recientemente, que se colectaron considerables sumas con la venta de asientos sobre mesas y bancos que se colocaron en derredor del patíbulo para la comodidad de los concurrentes, habiendo habido muchos que solicitaron que se les colocase en los mismos carros en que se conducia á los reos para presenciar de cerca sus mortales angustias. Hebert no hacia esfuerzo alguno para ocultar el terror de que se hallaba sobrecogido; á cada paso mas y mas se abatía; y el vil populacho que poco antes le considerara como oráculo, seguia el carro en que iba, imitando el grito de las personas que

[1] Lac. II, 144. Th. VI, 162, 168, 179, 182. Mig. II, 310.

vendian su diario por las calles, y que clamaban: “¡El padre Duchesne está furioso como un demonio (1 2)!”

El triunfo de los decembiros fué completo; á este golpe sucedióse el de disolver las fuerzas revolucionarias que estaban estacionadas en Paris, y disminuir el poder de las juntas de las secciones, cuyos pasos que no carecian de importancia, tendian al establecimiento de un gobierno en forma. El cabildo de Paris dominado por el terror, se vió impelido á enviar una comision á la asamblea que la diese las gracias por la prision y el castigo de sus propios miembros [3].

No se regocijaron mucho tiempo de la destruccion de los anarquistas, Danton y sus secuaces. El primero tuvo una conferencia con Robespierre en la casa de este, de la cual se separaron sin reconciliarse. Quejóse Danton con vehemencia de la conducta de su antiguo amigo; mantúvose Robespierre en una orgullosa reserva. “Bien sé, dijo Danton, cuanto es el odio que me tiene la junta; pero no la temo.” “Estais en un error, dijo Robespierre, ninguna mala intencion abriga contra vos la junta; pero es preciso que obremos con franqueza.” “Para obrar con franqueza, replicó Danton, es necesario que haya

[1] Th. VI, 182.

[2] “Il est C.—t en colere le Pere Duchesne.” Al referir escenas como esta, pierden las frases su energía, si no se enuncian con las propias palabras que se emplearon.

[3] Mig. II, 310. Lac. II, 144.

buena fe. Es indudable que se debe refrenar á los realistas, pero es preciso que no confundamos á inocentes con criminales." "¿Y quién os ha dicho, repuso Robespierre, que ha perecido un inocente?" Al oír esto Danton, volvióse al amigo que le acompañaba, y díjole con amarga sonrisa, "¿Qué os parece?—¡que ni un solo inocente ha perecido!" Separáronse irritados el uno contra el otro, y desde luego cesó toda relacion entre ellos [1].

Entonces los amigos de Danton instáronle á que tomase las medidas necesarias para ponerse en salvo, pero ya no le quedaba medio alguno de evitar el golpe que le amenazaba. El club de los franciscanos, es cierto, estaba consagrado á su persona, y aun la Convencion le tenia una adhesion secreta; pero estas dos corporaciones carecian de un poder positivo, y la fuerza armada se encontraba completamente á disposicion de la junta, y pues no habia logrado escitar en su favor á la opinion pública por medio de los periódicos de su partido y de los esfuerzos de los amigos que en la Convencion tenia, ¿qué otro espediente le quedaba? "Prefiero, decia, ser guillotinado, á ser verdugo; mi vida no merece que me tome el trabajo de conservarla; ya me fastidia la existencia. ¿Qué me condene yo mismo al destierro! ¿creeis que se lleve uno á su patria consigo en la suela de su calzado?" Un dia antes de su prision diósele noticia de que la habia tomado

(1) Mig. II, 308. Th. VI, 189.

en consideracion y estaba discutiéndola la junta, y de nuevo se le instó á que huyese, pero despues de haber reflexionado un momento, no dió mas contestacion que la de: "No habran de atreverse." En la noche fué cercada su casa, y prendiósele en union de Camilo Desmoulins, Lacroix, Héroult de Sechelles y Westermann. Al entrar á la cárcel, saludó con afecto á los reclusos que en ella habia, y que se agolparon á verle. "Señores, dijo, habia tenido la esperanza de ser el medio por el cual os hubieseis visto fuera de este sitio; pero hé aquí que vengo á acompañaros, y solo Dios sabe cual será nuestro paradero." Inmediatamente despues encerrósele en un calabozo separado, el mismo que habia ocupado Hebert poco antes. Al entrar á él esclamó, "Al fin veo que en las revoluciones al cabo viene á quedar la autoridad suprema en manos de los hombres mas prostituidos (1. 2)."

Durante el breve periodo que trascurrió desde su encarcelamiento hasta su muerte, perturbósele el juicio y reprodujose en su imaginacion la inocencia de los primeros años de su vida. "No hablaba, dice Riouffe que era su compañero de clausura, sino de árboles, de flores y del campo." Y luego manifestando un sentimiento tardío, esclamaba: "Hacé precisamente un año que servia

(1) Riouffe 67. Mig. II, 310 311. Th. V, 190.

[2] Enfin je vois que dans les Révolutions l'autorité toujours reste aux plus scélérats.—Riouffe, p. 57. Sentencia tanto mas memorable, cuanto que la proferian tales labios.